

La OEA Un Pasado de Errores

(Mayoría. Buenos Aires)

LA elección del embajador argentino en Washington, Alejandro Orfila, como secretario general de la Organización de Estados Americanos, puede ser entendida como un hecho auspicioso para el futuro inmediato de las relaciones entre Latinoamérica y los Estados Unidos. Quizá fue el único hecho en que la OEA mostró voluntad de dinamizar su ritmo y de modificar una estructura que, nacida al conjuro de la "guerra fría", ha envejecido sin remedio. Es cierto que la elección del candidato argentino constituyó un considerable desgaste, en los trámites previos, para nuestra diplomacia. Pero finalmente —quizá con la sola excepción de Brasil y de algún otro país, quienes invocaron un supuesto "compromiso implícito" adquirido por los llamados "países grandes" del Continente, de no postularse al principal cargo de la OEA— la enorme mayoría de los países continentales hicieron pública su confianza en que la gestión de Orfila represente una revitalización del organismo interamericano. Esto, incluso en el caso de naciones que en primera instancia no votaron por el candidato argentino. Todos, en suma, parecen tener, en esta nueva etapa del organismo, la esperanza de que éste alcance a expresar en plenitud —como no lo ha hecho hasta ahora— todos los matices del difícil diálogo entre las dos Américas.

La expectativa, abierta por el resultado de la elección del nuevo secretario general, caracterizó el desarrollo de la quinta Asamblea General de la OEA. El resto del temario —en el que se incluían asuntos ciertamente dramáticos— quedó prácticamente sepultado por los avatares que rodearon a la elección. En puridad, no era mucho más lo que podía esperarse de esta reunión, donde la principal coincidencia de los concurrentes consistía en cuestionar severamente lo que la OEA ha hecho y lo que ha dejado de hacer en estos últimos años.

La doble responsabilidad de representar a Argentina y a América Latina desde el más alto cargo de la Organización de Estados Americanos, en un momento particularmente difi-

cil de la situación política planetaria, parece encontrar en Orfila a un destinatario particularmente dotado para percibir que la OEA se encuentra en una encrucijada irágica: ser o no ser un instrumento válido para el nuevo estadio histórico en que han entrado las relaciones de fuerza en el Continente. En su primer contacto con el periodismo, el nuevo secretario general de la OEA precisó —y la importancia de esta precisión comenzará a medirse mejor con el tiempo— que la OEA y las nuevas instancias organizativas a que aspira América Latina (en este caso, el Sistema Económico Latinoamericano, SELA) no sólo no están contrapuestas, sino que pueden llegar a ser complementarias. El SELA, en este sentido, expresa una nueva necesidad (y capacidad) político-económica del conjunto de los países del Continente: agremiarse para la defensa de sus materias primas y redefinir su estrategia económica global ante Estados Unidos y el resto de los países centrales. La OEA, por su parte, puede pasar a ser el escenario adecuado para que los latinoamericanos y Estados Unidos, que constituyen dos polos en cuanto a desarrollo y en cuanto a destino, encuentren un terreno jurídico, político y diplomático apto para dirimir sus diferencias sin llegar a los enfrentamientos.

Pero resulta importante advertir que mientras el SELA constituye una experiencia nueva y por lo tanto aparece libre de condicionamientos previos, la OEA arrastra un pasado en el que los errores de uno y otro polo pesan de una manera abrumadora. De ahí que sea justo el criterio expuesto repetidas veces, incluso en la quinta reunión general de la OEA, de que sólo la voluntad política de cada uno de los países latinoamericanos puede determinar que la OEA se constituya en un instrumento apto o naufrague ante la indiferencia de todo el Continente. Por cierto, esta voluntad política tiene un amplio campo en el cual expresarse y actuar. Los focos de tensión, los temas conflictivos, las situaciones de injusticia que caracterizan la relación entre América Latina y Estados Unidos, no autorizan a un optimismo fácil. En cambio, los signos auspiciosos que rodean la elección del nuevo secretario general de la OEA, contribuyen a crear una conciencia unitaria en el Continente, y certifican la voluntad de llevar los conflictos al área de la negociación inteligente y generosa, eludiendo la tentación —siempre vigente— de los gestos desesperados y ultristas.